

Libro centenario

Por NAVIA GARCÍA FABEIRO

Escribir sobre un libro que cumplió su primer siglo (1914-2014) aparenta no ser un evento de singular importancia dada la cantidad de estos que se han publicado en el mundo desde la aparición de la imprenta. Sin embargo, el libro al que me refiero tiene gran importancia para todos los católicos: *La vida de San Pablo de la Cruz*.

Impreso en 1914 en los talleres de “La Ilustración” en Santiago de Chile, fue escrito por el R.P. Luis Teresa de Jesús Agonizante, revisada, corregida y aumentada por otro padre pasionista, según se aclara en la primera página y con licencia de la Orden por el P. Tiburcio de San Pedro, Deusto, Bilbao.

El ejemplar que he podido consultar tiene una dedicatoria manuscrita que dice: “María Fiol de García. Vuestro Padre Fundador la bendiga, Directora, Archicofradía de la Pasión, 23 de febrero de 1954, Año Mariano”. Según se ha podido conocer la primera propietaria del libro fue la directora del coro de la iglesia, y posteriormente el libro pasó a sus manos

para años más tarde, regalarlo a otra miembro de la comunidad.

La obra consta de 639 páginas escritas con gran amenidad; y las personas que lo han podido leer sienten la necesidad de volver a él.

Quizás San Pablo de la Cruz no sea de los santos más conocidos o venerados en nuestro país, a no ser para los miembros de la comunidad pasionista, que celebra su fiesta todos los 19 de octubre.

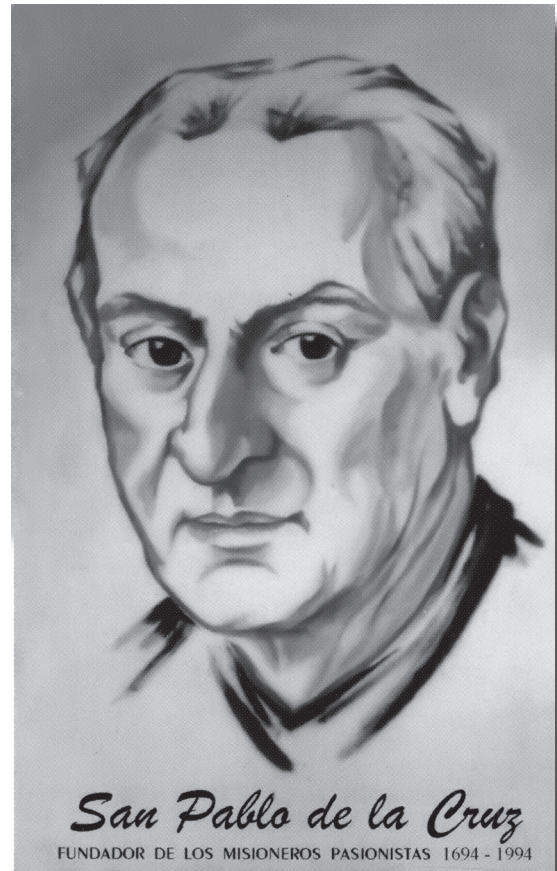
Pablo fue el mayor de una numerosa familia católica. Nació el 3 de enero de 1694 en Génova. “Que Dios os haga a todos unos santos” era la frase que frecuentemente decía su madre a todos sus hijos. Se nos narra además que de inmediato el joven Pablo sintió el llamado de Dios, a pesar incluso de que en ese primer tiempo su guía espiritual le ponía duras pruebas que él sorteaba con la humildad y el cariño que siempre lo caracterizó.

El libro nos muestra cómo a pesar de la debilidad de su cuerpo, el Apóstol era infatigable, se entregaba con ardor a sus tareas y sus grandes prodigios lograron que

todo el mundo se centrara en su figura, desde los obispos hasta el cardenal Lorenzo Altieri, lo llamaban para confiarle distintas misiones, pues ya era conocido con el sobrenombre del Misionero de Monte Argentero por las numerosas conversiones que lograba.

Además, se le consideraba taumaturgo. Una de sus predicciones fue con un amigo suyo, Antonio Frattini, quien acostumbraba a pedir-

le consejos y consuelo en las cartas que le enviaba. En una ocasión, enfermó gravemente su padre y le solicitó el auxilio de sus oraciones. “Al punto tuvo contestación: Gustoso haré lo que me mandáis, aunque por ahora no hay nada que temer por el enfermo; porque aún no es llegada su hora... En efecto, recobró perfecta salud.” No obstante, la anécdota continúa cuando, tiempo después, vuelve a enfer-



mar el padre del señor Frattini y vuelve este a escribirle a San Pablo solicitándole que ore por la salud de su padre. Recibía solícita contestación de que rezaba por él, pero sin añadir ninguna esperanza, hasta que Frattini supo que el Santo, en las oraciones comunitarias había pedido por él, pero había asegurado que “el anciano era un fruto maduro para

el cielo.” En efecto, poco después falleció, pero el hijo recibió el golpe con resignación.

Otra anécdota sobre las misiones del Santo es la siguiente: Las mujeres tenían la costumbre de vestirse de manera poco decente, lo que el Apóstol reprobó desde el púlpito. Una señora francesa hizo caso omiso de sus palabras, y se presentó a misa vestida a la moda,

en desafío al predicador, quien la miró indignado. De pronto, los brazos y pechos de la dama se pusieron negros, horrorizada, se evadió del templo cubriéndose lo mejor que pudo. Al mismo tiempo, obró la gracia en ella, y fue, humillada y arrepentida, a arrojarse a los pies del Misionero, con la promesa de que jamás volvería a ser ocasión de escándalo. Con

la bendición de este, fue curada de su mal. Desde entonces, las mujeres de Orbetello, lugar donde ocurrió el hecho, se hicieron admirables por su modestia, incluso las jóvenes de buena familia se dieron con fervor a la piedad.

Resultaría muy extenso el texto si narráramos todos los milagros de San Pablo, lo milagroso que se volvía el agua que él bendecía, pues en muchas ocasiones curó enfermos.

Falleció el 18 de octubre de 1875, a los 81 años, no sin antes, desde su lecho de enfermo, atender las visitas de los que buscaban su consejo o consuelo, y pedir que lo amortajaran con pedazos viejos de tela, para dejar en caridad lo poco que tenía para su uso. Sus restos reposan en la Basílica de los Santos Mártires Juan y Pablo, en Monte Cello, Roma. Fue canonizado por el Santo Padre Pío IX.

Un libro antiguo, centenario, que nos colma de paz y sabiduría, al conocer de la vida plena de sacrificios y amor a Dios de San Pablo de la Cruz. Y su efigie la podemos encontrar, si nos acercamos al altar de la Iglesia de los Padres Pasionistas en La Víbora.

